

MÁS ALLÁ DEL LIBERALISMO Y DEL SOCIALISMO

Por GIUSEPPE TAMBURRANO

Para que me entiendan conviene que me presente. Soy laico, rigurosamente laico, y socialista, íntegramente socialista. Un socialista reformista, que ha creído y ha luchado por la idea de un mundo más justo y libre; que hoy sigue creyendo en esa idea, pero que no logra ya luchar por ella, porque el movimiento y el compromiso políticos están agotados. Pero creer en esa idea y defenderla es importante, mientras existan injusticias, seres humanos tenidos en la pobreza, en la ignorancia y en el sometimiento. La esperanza de cambiar las cosas mantiene viva la voluntad de trabajar por el renacimiento de un movimiento cuya crisis es un oscurecimiento del que podrá surgir nueva luz.

Debo hacer otra precisión necesaria. Soy socialista y cristiano, como Ignazio Silane. Como Camillo Prampolini, que en la *Predica di Natale* pone de relieve los valores comunes de socialismo y cristianismo. Como Giacomo Matteotti, que reprochaba a un sacerdote que no estuviera de parte de los proletarios. Como esos ingenuos militantes que afirmaban que «Cristo fue el primer socialista».

En vísperas del G8 se publicó la encíclica *Caritas in veritate*. El encuentro celebrado en L'Aquila estuvo bien, como han subrayado casi de forma unánime los medios de comunicación italianos e internacionales. Pero, a excepción del aumento del compromiso financiero de los países ricos a favor de los pobres -en realidad, una gota de agua en el desierto de las necesidades- y de las declaraciones de intenciones contra el calentamiento global, escasamente eficaces al faltar la adhesión de China e India, este G8 no fue diferente de los demás: un útil intercambio de opiniones. Más aun, puso de manifiesto serios límites, pues en torno a su

mesa no se sientan países importantes en el proceso económico global y probablemente se ha tratado de un canto de cisne, como se ha subrayado.

El G8 se reunió en medio de una gravísima crisis económica y no escuchamos la acostumbrada exaltación del mercado y de la globalización. Pero, salvo la propuesta del ministro italiano de economía, Giulio Tremonti, de adoptar reglas éticas en las finanzas internacionales -mientras bancos e inversores institucionales americanos están volviendo a las antiguas prácticas-, no surgió un proyecto común de reforma ni se propuso una idea de cuño europeo.

Y mientras la globalización sigue fluyendo en los confines nacionales y el mercado -tan exaltado- en vez de autorregularse corre el peligro -como dijo Paul Samuelson- de autodestruirse, los Gobiernos no saben hacer más que salvar empresas industriales y financieras con el dinero de los contribuyentes. Al obrar así, hacen una revolución: salvan empresas comprándolas. Una revolución que es teórica -ya no es soberano el mercado, sino el Estado- y práctica, pues el Estado por su naturaleza debe o debería proponerse fines generales.

¿Qué será la sociedad económica cuando se supere la crisis? Se ha dicho que el mundo ya no será el mismo. Comienzo a dudarlo. El hecho es que una crisis devastadora -producida por un sistema exaltado y considerado perfecto hasta el punto de que se hablaba del «fin de la historia»- ha revelado que la avidez del enriquecimiento sin límites es el único estímulo y el verdadero título tóxico.

La verdad es que esta crisis -que ha hecho quebrar cientos de miles de pequeñas empresas, ha dejado en la calle a millones de trabajadores, ha provocado más hambre y miseria sobre todo

en los países pobres, y ha generado nuevas desigualdades e injusticias- no la ha afrontado un antagonista, ni sujetos colectivos, e incluso los anti-globalización hoy son patéticamente pocos y sin voz.

Ha sido, por el contrario, el Papa quien ha alzado su voz con la *Caritas in veritate* y con el llamamiento del 12 de julio, precisamente al G8. En la *Rerum novarum* Leon XIII se distingue de los dos contendientes dominantes -el liberalismo y el socialismo- buscando su espacio y afirmando la superioridad de una economía solidaria al servicio de la persona humana. Con la *Mater et Magistra* la Iglesia de Juan XXIII, consciente de su autoridad y apoyada en ella, se abre al diálogo, sobre todo con uno de los contendientes: el socialismo.

La Iglesia de Benedicto XVI no tiene ni competidores ni interlocutores -ni el socialismo ni el liberalismo-, sino que tiene ante sí un sistema económico fracasado e injusto, que ignora las tragedias de la miseria, del hambre, del analfabetismo, de la mortalidad infantil, de las desigualdades, de las guerras entre pobres, del fanatismo, del racismo, del tráfico de seres humanos y de la droga. La lista es larga.

El liberalismo declara su fracaso dejando un campo inmenso de injusticias. El socialismo ya no existe. ¿Ha quedado solo la Iglesia Católica para solicitar una economía a la medida del hombre y para dar voz a los desamparados de la tierra y al imperativo de la igual dignidad de todos los hombres, de todas las mujeres y de todos los niños?



Tomado de L'osservatore romano, agosto 28, 2009.